

La España de Abel

40 jóvenes españoles contra el cainismo en el
40 aniversario de la Constitución Española



Coordinado por
Juan Claudio de Ramón
Aurora Nacarino-Brabo

Con textos de:

Daniel Capó
Aloma Rodríguez
Borja Lasheras
Katherine Robinson
Álvaro Imbernón
Ariane Aumaitre
Ramón González Ferriz
Ángela Paloma
Ricardo Dudda
Núria González Campaña
Daniel Gascón
Verónica Puertollano

Juan Claudio de Ramón
Andrea Levy
Roger Senserrich
Silvia Castellanos
Jorge Bustos
Laura Fábregas
Josu de Miguel
Talía Liaño
Ignacio Peyró
Karina Sainz Borgo
Jorge Freire
Andrea Mármol
Pedro Herrero
Estefanía S. Vasconcellos

Jorge Galindo
Inés Calderón
Carlos Mayoral
Aintzane Conesa
Nicolás Ménendez Sarriés
Ione Belarra
Miguel Aguilar
Pilar Mera Costas
Manuel Arias Maldonado
Irene Milleiro
Ignacio Urquizu
Rocío Martínez-Sampere
Jorge San Miguel
Aurora Nacarino-Brabo

DEUSTO

La España de Abel

40 jóvenes españoles
contra el cainismo en el 40 aniversario
de la Constitución Española

**COORDINADO POR
JUAN CLAUDIO DE RAMÓN
Y AURORA NACARINO-BRABO**



EDICIONES DEUSTO

© Daniel Capó, Aloma Rodríguez, Borja Lasheras, Katherine Robinson, Álvaro Imbernón, Ariane Aumaitre, Ramón González Ferriz, Ángela Paloma, Ricardo Dudda, Nuria González-Campañá, Daniel Gascón, Verónica Puertollano, Juan Claudio de Ramón, Andrea Levy, Roger Senserrich, Silvia Castellanos, Jorge Bustos, Laura Fábregas, Josu de Miguel, Talía Liaño, Ignacio Peyró, Karina Sainz Borgo, Jorge Freire, Andrea Mármol, Pedro Herrero, Fany Vasconcellos, Jorge Galindo, Inés Calderón, Carlos Mayoral, Aintzane Conesa, Nico Ménendez-Sarriés, Ione Belarra, Miguel Aguilar, Pilar Mera Costas, Manuel Arias Maldonado, Irene Milleiro, Ignacio Urquizu, Rocío Martínez-Sampere, Jorge San Miguel y Aurora Nacarino-Brabo

© Coordinación de la obra: Juan Claudio de Ramón y Aurora Nacarino-Brabo, 2018

© Editorial Planeta, S.A., 2018

© de esta edición: Centro de Libros PAPP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-2973-8

Depósito legal: B. 21.307-2018

Primera edición: octubre de 2018

Preimpresión: pleka sep

Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91.702.19.70 / 93.272.04.47.

Sumario

Introducción: Bien está que fuera tu tierra	9
La tierra amada, por Daniel Capó	12
El pecado original, por Aloma Rodríguez	17
A través del caleidoscopio, por Borja Lasheras	22
Hola, España, gracias, por Katherine Robinson	28
España abierta, por Álvaro Imbernón	33
Homenaje a la vida, por Ariane Aumaitre	39
Buenas razones débiles, por Ramón González Férriz	42
Estar siempre volviendo, por Ángela Paloma	47
Suspiros de España, por Ricardo Dudda	53
Banderas de nuestros padres, por Nuria González Campaña	57
El país de mis hijos, por Daniel Gascón	61
El abrazo, por Verónica Puertollano	66
Ciudadano y heredero, por Juan Claudio de Ramón	71
Nada permanece si no se renueva, por Andrea Levy	76
De plazas y urbanismo, por Roger Senserrich	81
Dice don Isidro Bango Torviso, por Silvia Castellanos	85

El puzle completado, por Jorge Bustos	90
España descubierta, por Laura Fàbregas	96
La infraestructura como nación, por Josu de Miguel.....	101
Soy médico en España, por Talía Liaño	106
Una fábula española. Euston Square, por Ignacio Peyró...	111
Volver a Canaima, por Karina Sainz Borgo	116
Discurso pirrónico, por Jorge Freire	119
La España que conozco, por Andrea Mármol	125
Febrero para Carmen, por Pedro Herrero	130
La España posible, por Estefanía S. Vasconcellos.....	134
El camino hacia las libertades, por Jorge Galindo	138
España desenladrillada, por Inés Calderón	143
Las letras hispánicas, más allá de la realidad, por Carlos Mayoral	149
El <i>Peine del viento</i> , por Aintzane Conesa	154
Una banca en la élite de Europa, por Nico Ménendez Sarriés	160
El país de las mujeres, por Ione Belarra	166
Mi Audi blanco, por Miguel Aguilar	172
Viaje por España, por Pilar Mera Costas	177
Harry Powell atraviesa la Península, por Manuel Arias Maldonado	183
Canción de la buena gente, por Irene Milleiro.	188
Un proyecto compartido, por Ignacio Urquizu	191
La España del otro, por Rocío Martínez-Sampere	195
De repente, un país normal, por Jorge San Miguel	201
Viva el cambio, por Aurora Nacarino-Brabo.....	209

La tierra amada

Daniel Capó

“De España amo, sobre todo, esa tradición humillada que puebla con su dignidad el pasado y exige al presente el empeño común de la pluralidad y la libertad.”

Graham Greene escribió en una ocasión que «sólo durante la infancia los libros ejercen una influencia profunda en nuestras vidas». El autor inglés apelaba, de este modo, a una gramática universal: el inicio de la vida supone fijar una mirada virgen sobre un mundo ancestral que nos precede y nos conforma. En este sentido, la niñez, la adolescencia, los primeros años en la universidad actúan como una red de pasadizos que desembocan en un espacio más amplio, inmerso en el misterio de la historia. La antropología clásica se refiere a los ritos de paso para delimitar este camino que forja el carácter y nos amolda socialmente. En realidad, nos descubrimos leyendo, amando, poniéndonos a prueba, enfrentando retos, adquiriendo soltura y confianza, fracasando también, viajando y explorando. Es la época de las intuiciones básicas que se asientan en las emociones y establecen un diálogo con la razón. Mentiría si dijera que conocí España a través de los libros —mi formación como lector fue otra, muy escorada hacia la literatura nórdica y las novelas de aventuras anglosajonas—, pero también faltaría a la verdad si hablara de mi país sin referirme a ese basamento primero de la experiencia. Diría que descubrí España solo y a pie. Tenía veinte años. O, mejor, dicho, cumplí los veinte aquel verano de 1993. Y no es cierto que estuviera solo, aunque así em-

pecé y así terminé. Recuerdo de aquel viaje un río y un prado verde, un puente medieval que atravesaba el pueblo y el vuelo de una libélula, condensados en una escena: era un mundo antiguo que se me mostraba desnudo en todo su esplendor. Supe en aquel instante que la belleza de las naciones fermenta con el latir solidario de los siglos.

Si miro hacia atrás en el tiempo, pienso que ir caminando a Santiago cambió mi mirada sobre nuestro país. Me atraen —hablo de una sensibilidad— los lugares retirados, las palabras corteses, los hornos de leña, los muros viejos, la flor diminuta de las ortigas, los cascotes ruinosos del pasado incrustados como fósiles en la ciudad. Sé que este sitio sólo existe en mi imaginación y nunca he pretendido alojarme en un solar poblado de ilusiones. «¿Dónde está escrito —se preguntó el poeta Czesław Miłosz— que nos corresponda vivir en la tierra amada?» En ninguna parte, creo. Los hombres conviven en el espacio descolorido de la decepción, donde se esconde la levadura primera de la memoria y de la esperanza. Todas las infancias se rompen en la crudeza de un instante, de unas semanas o de unos meses como mucho. Su sabor es amargo, porque así son las ilusiones al final. La maldición del tiempo se cifra en que nada es definitivo y nuestro trabajo no dará fruto necesariamente. Pero la experiencia también nos enseña que es a través de las grietas de la imperfección por donde penetra esa pequeña verdad que nos alumbrá.

Simone Weil dijo algo muy hermoso al respecto: sólo la fragilidad es digna de amor. Lo contrario supondría el deseo o la idolatría. Aquel mes de julio de 1993, descubrí un país que era el mío y del cual, sin embargo, lo desconocía casi todo. Me dirigía de Roncesvalles a Compostela: el primer Xacobeo anunciado oficialmente por un antiguo ministro franquista, Manuel Fraga Iribarne. En mi peregrinaje, se alternaban la España húmeda del norte y la España mesetaria de líneas puras y perfiles abstractos. Era una geografía apenas maltratada entonces por el turismo y que remitía a la cordialidad de la acogida monástica. Aquellos días caminé con un fotógrafo taurino francés, un escritor de San Francisco, una brasileña que aseguraba ser la hermana de Paulo Coelho, un escolta del rey, una madrileña sordomuda de origen

polaco, una pareja muniquesa que se casaría nada más llegar a Santiago, un sastre riojano y un seminarista alemán que anhelaba hacerse cartujo. Un grupo de jóvenes belgas —no recuerdo si cuatro o cinco; yo sólo hice amistad con uno— llevaba andando meses desde Bélgica, para redimir penas de cárcel. Convivíamos durante unos días y luego, de improviso, desaparecíamos, cada uno en pos de sus cuitas. Yo quise conocer la luz blanca del Císter en el Monasterio de Cañas, perderme entre las calles de Castriello de Matajudíos, visitar las Huelgas, contemplar el fuego vidriado de la catedral de León, dormir en un corral en el Valle del Silencio. En Rabanal del Camino conversé con Vladimiro, el campanero, que me preguntó si venía «de la misma Francia» y me mostró el tronco de un árbol tatuado por un rayo. «Con el tañer de las campanas —me dijo— puedo desviar los relámpagos.» Aquel hombre parecía serlo todo en el pueblo —pastor, enterrador, relojero...—; una multitud de oficios para un tiempo que se apolilla ante nuestros ojos.

Sólo la fragilidad es digna de amor, nos advierte Weil, porque testimonia el fuste torcido de la humanidad. Recuerdo otro día, cerca de Hospital de Órbigo, en que conocí a un catalán y a un valenciano. El primero era astrólogo y se dedicaba a adivinar el futuro; el segundo acababa de cumplir una condena en prisión a causa de las drogas. Habían salido de Montserrat y llevaban dos meses caminando. «En cada pueblo —me dijeron— nos detenemos en los cementerios.» «¿Por qué?», les pregunté. «Son mis hermanos los muertos —me respondió el valenciano—. Quiero saludarlos. Yo podría haber sido uno de ellos.» Medité mucho esas palabras. Todavía lo hago.

Años más tarde, leí que los mejores hombres de España se encuentran enterrados en aquel unamuniano corral de muertos. La frase no es literal: la escribió José Jiménez Lozano en *Los cementerios civiles*, un libro capital para entender el fracaso de la tradición liberal en nuestro país. Los afrancesados, los protestantes, los ateos, los ilustrados, los hijos de la Constitución de Cádiz... yacen desperdigados en una tierra baldía que nadie quiso bendecir. Frente a ellos, se erigía un poder estamental, religioso, ideológico, imbuido de fanatismo, que dificultó la moder-

nización de España, la desgajó de su tronco europeo y redujo su horizonte moral. La carga de un pasado idealizado se convirtió así en un anatema sobre la condición creativa del futuro. Acudo al mito: Eurídice, al huir con Orfeo del inframundo, llevaba consigo las dolorosas llagas de una vida, pero no debía quedar prendada de sus sombras. Las sombras, como las ilusiones, son fantasmas que conjugan los sueños y las pesadillas de la humanidad. Su condición espectral resuena también en la historia de los países.

La España que amo se teje en los cementerios, pues allí, entre los muertos —nuestros padres—, es donde la memoria se funde de forma natural con la esperanza, que resquebraja el muro de cualquier ideología que se pretenda definitiva. Se trata de esa extraña paradoja del amor a la debilidad, la cual no hace sino reconocer el valor de lo que un jesuita francés, Michel de Certeau, denominó la «tradición humillada», la de aquellos que por vivir al margen de las modas de la historia han sido capaces de iluminar nuestra realidad. Y ese testimonio se halla en un pasado que es a la vez denuncia, conciencia, entrega y esperanza. Un pasado doloroso que no fija el rencor ni refuerza la llamada de una falsa identidad que incita a unos hombres contra los otros, sino que ha hecho posible la transición y el encuentro bajo el símbolo —y el amparo— de la monarquía constitucional. Aquel año, 1993, yo no sabía qué nos depararía el futuro, ni a mí ni a mi país: la corrupción política, el desencuentro territorial, la fatiga democrática ante la amenaza populista, el estallido del sistema financiero, la fractura de clases sociales, el empobrecimiento del debate público, las decepciones vergonzosas con uno mismo, la muerte de mi hermano, los dos hijos que tengo, el retorno de la irracionalidad como parte sustancial en la historia de las naciones. Aprendí, en cambio, a descreer de la venganza que se nos ofrece sobre el altar de una verdad presuntuosa, maniquea y cruel. De España amo, sobre todo, esa tradición humillada que puebla con su dignidad el pasado y exige al presente el empeño común de la pluralidad y la libertad.

Daniel Capó (Palma de Mallorca, 1973) es articulista y asesor editorial. Licenciado en Derecho, ha terminado dedicándose al mundo de los libros y el periodismo. Desde el año 2000 escribe en las páginas de opinión del grupo Prensa Ibérica, y forma parte del consejo asesor de la editorial Libros del Asteroide. Como columnista y crítico literario colabora habitualmente en medios como *ABC Cultural*, *The Objective*, *Letras Libres* y *Nueva Revista*, entre otros.